

Oídos

Eusebio Ruvalcaba

En esta breve estampa narrativa, el escritor Eusebio Ruvalcaba nos permite acceder a un momento en la vida del gran compositor finlandés Jean Sibelius: cuando fue testigo del ataque soviético a su país.



Jean Sibelius, 1913

Apenas en la madrugada, le había dado los últimos ajustes a su concierto para violín. Podía afirmar que por fin estaba listo. Aunque en él todo lo imposible era posible. Lo mismo era capaz de escribir una sinfonía en un par de meses, que tardarse años en terminarla, o de plano no concluirla jamás. Absolutamente imprevisible, quienes lo rodeaban sabían de sus inclinaciones.

Se asomó por la ventana. Delante de él, un sendero flanqueado por piedras se perdía en una tierra pródiga en flores silvestres. Más allá, un bosque de pinos parecía ocultar secretos a los ojos de los profanos. Sibelius afinó la vista hasta descubrir una cascada entre el follaje, hasta el límite de su vista misma. Todas las mañanas la admiraba. Y al parecer el gobierno finés sabía de esa preferencia, porque cuando le adjudicaron aquella propiedad se contempló la perspectiva de que hubiese una caída de agua en las inmediaciones.

Esta situación le producía a Jean Sibelius una profunda alegría. Estaba ahí con su esposa, su violín y su piano, y suficiente papel pautado para escribir música por el resto de su vida. Pero no podía cruzar el perímetro del predio. Es decir, no podía ir a ninguna ciudad vecina.

Estaba encerrado. No hecho preso, pero sí obligado a permanecer en ese sitio. Consciente del temperamento de Sibelius, de su fase explosiva, de que el músico era capaz de tomar cualquier decisión aun a costa de su vida; sabedor de que el ejército ruso podía hacer suya la ciudad de Helsinki en cualquier momento, y de que Sibelius, motivado por su virulento patriotismo, no dudaría en ceñirse la espada y el revólver para defender a su patria, el gobierno había decidido alejarlo de la capital y mantenerlo aislado. Aunque desde luego él no estuviera de acuerdo. De hecho eso era lo que menos importaba.

¿Cómo era posible sobrevivir en ese estado de letargo, en esa inmovilidad obligada?, se preguntaba Sibelius todos los días apenas abría los ojos. Entonces se quedaba sumergido en un silencio letal. Por sus oídos desfilaban las notas de su música, la tensión musical de sus poemas sinfónicos, las pasiones de la mitología nórdica que había vaciado en su música; pero eso no era suficiente. Necesitaba la acción, y ésa no sobrevendría jamás.

Se sirvió un vodka helado. La mitad de un vaso. Lo bebió como si fuera un vaso de agua helada y refrescante. Sacó su cajetilla de cigarros y encendió el único que le quedaba. Pronto lo surtirían de una docena de paquetes. Aspiró la bocanada. Su esposa seguía dormida y eso le facilitaba las cosas. Porque ella ejercía sobre él una presión admonitoria. Cero bebida más cero cigarros igual a más años de vida, solía acribillarlo a la menor oportunidad. Él escuchaba esas palabras y prefería cerrar los oídos. Esos oídos suyos, de una sensibilidad pronunciada, se negaban a seguir el hilo de aquella conversación.

Sorbió el vodka una vez más. Esta vez la bebida acarició su pecho como la mano de un muerto.

Se dirigió hacia el piano vertical y puso el cuaderno de papel pautado en el atril. Tecleó varias notas, que a sus oídos empezaron a cobrar la forma de una melodía que había oído de pequeño, en los bordes del lago Oulu.

Entonces escuchó los motores.

Era el sonido mortal de aviones caza.

Se dio media vuelta y corrió al exterior. Miró al cielo y localizó los aviones en formación de ataque. Su corazón se aceleró cuando distinguió en el fuselaje la bandera rusa. Se aceleró como si siguiera el ritmo de la muerte. La misión de aquellos aviones era bombardear la ciudad de Helsinki. Con los brazos al cielo, gritó todos los insultos y las amenazas que le vinieron a la boca. ¿Sabría de ese ataque la aviación finesa? Sí, con toda seguridad. Sus oídos recordaron los gritos de los amantes de la música que lo aclamaban por donde pasara. Panaderos que dejaban los hornos, cocheros que suspendían el viaje, médicos que abandonaban al paciente. Cientos de personas que se asomaban al balcón para aclamarlo. Como si se pusieran de acuerdo cuando él se paseaba por aquellas avenidas copiosas de nieve, como si la vida de Jean Sibelius dependiera de la vida de todos, de todos y cada uno de aquellos ciudadanos. Por eso todo mundo había estado de acuerdo en que él se mantuviera muy lejos de aquella capital, que en cualquier momento podía ser bombardeada por los aviones rusos.

Todo mundo estuvo de acuerdo, menos él.

Alcanzó a escuchar los gritos de su esposa que lo llamaba desde el portón: “¡Jean! ¡Jean!”. Tomó una enorme piedra que estaba a su alcance, y la arrojó a los aviones, que parecían infinitos. **u**



En 1939



Con sus hijas Heidi y Margaret